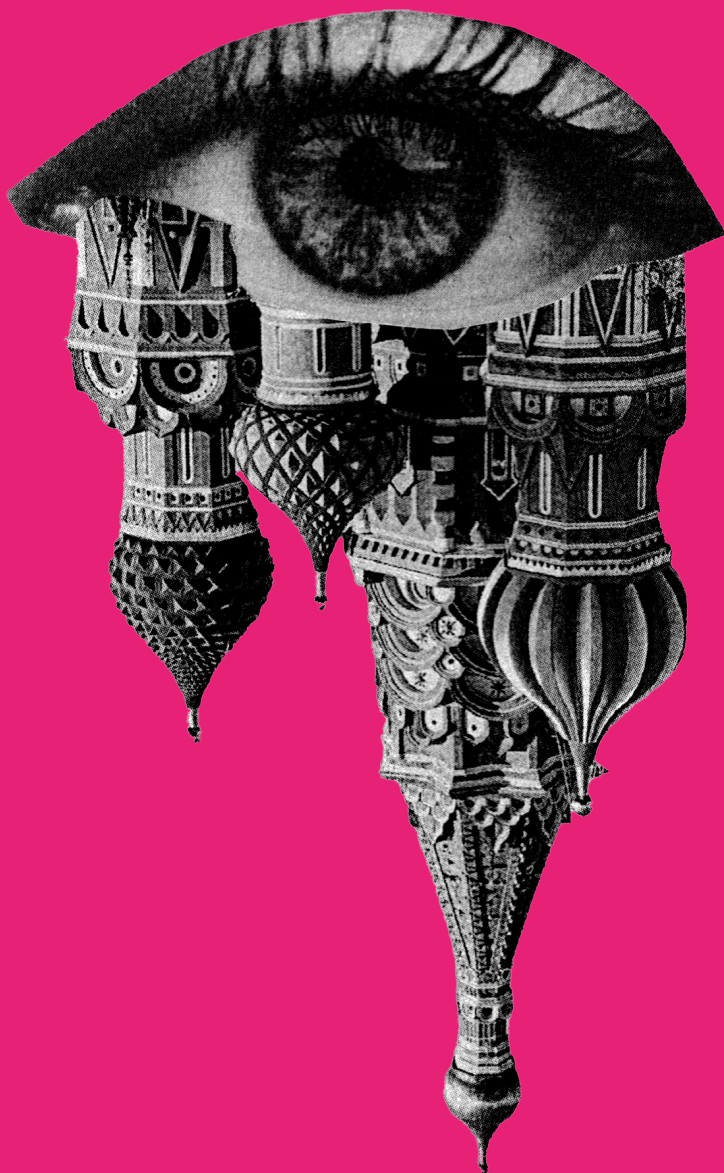


Anna Lidia Vega Serova



PAPELILLO

Ánima fatua



Extracto para lectura gratuita

Título: *Ánima fatua*

Autora: Anna Lidia Vega Serova

© Anna Lidia Vega Serova, 2007

© Papelillo Editorial, 2026

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

ISBN: 978-84-128525-4-7

DL: M-3061-2026

THEMA:

FBA

FXQ

1QBDR

Ánima fatua

Allá arriba las nubes de mi infancia sobreviven.

L. R. NOGUERAS

*Tendrás que ver en tu vida muchas velas, pero no rojas,
sino sucias y rapaces, engalanadas y blancas a lo lejos,
pero rotas e insolentes de cerca.*

ALEXANDR GRIN

1

LENINGRADO —AHORA SAN PETERSBURGO— ES UNA CIUDAD DE PUENTES. La mandó construir Pedro: el zar de las innovaciones, el Primero; ordenó construir una ciudad en un pantano y cortarles las barbas a sus súbditos. Quería abrirle a Rusia una ventana hacia Europa. Mandó cortar barbas y hablar en francés y construir una capital en un pantano para abrir una ventana. Leningrado es una ciudad gris con toda la magnitud y magnanimidad del gris, con toda la magia de su perfume. Leningrado huele a húmeda madera y frío sudor y a una locura antigua, museable. Leningrado es una ciudad de museos y locos, mar, parques y noches blancas, habitada por viejos abandonados, pintores, marineros en retiro, enamorados y mujeres solas.

Ella era una mujer sola, muy joven y romántica; le gustaban las películas trágicas con finales felices y los vinos dulces, le gustaba caminar por Leningrado sin rumbo, detenerse en el medio de cualquier puente, mirar el agua negra del Neva sobre la que trazan figuras serpenteantes las luces reflejadas de la ciudad. Ella era joven, pura y muy feliz, aunque creía lo contrario y lloraba por las noches, con la cara hundida en la almohada, y le pedía a Dios —un Dios muy particular suyo— que cambiara su destino. Esperaba de la vida sensaciones fuertes, grandes

pasiones, cambios, cambios. Ella era joven, común, y era mi madre, aunque todavía no lo sabía.

Un día en el comedor de la universidad se dio cuenta de que un hombre la miraba fijamente, o quizá fue cualquiera de sus compañeras la que le hizo notar: «Mira aquel cómo te mira»... Estoy segura de que algo se le removió dentro, algo se volcó. ¿Presentimiento? En cualquier caso, pasaron mucho tiempo solo mirándose de lejos: él intensamente, sin tregua; ella, rápido, leve, apenas. ¿Tenía miedo? Indudablemente, le temía. No era un hombre común; al menos, no para ella: era un hombre negro. En la oscuridad, por las noches, creía sentirlo dondequiera, confundirlo con las sombras, percibirlo cerca. Un hombre de piel oscura, como el poeta de sus sueños más adolescentes, como su Poeta: negro. (Luego se daría cuenta de que solo era mulato, bastante claro, por cierto; al igual que Pushkin: solo mulato). Volvió a releer los tres tomos de encuadernación gastada, moviendo los delgados labios: *No cantes, bella, ante mí / las tristes canciones de Georgia: / me traen ellas recuerdos / de otra vida y la playa lejana...* Volvió a llorar de felicidad pensando que era de tristeza.

El resto fue vertiginoso. Saciado de mirarla de lejos, él se le acercó impetuoso, y en un horrible ruso le propuso matrimonio. Ella aceptó casi mecánicamente. Era el mes de las noches blancas: noches insomnes, cuando de día y de noche es de día, y los enamorados pueblan los puentes de la ciudad-ventana. Esta vez la ventana se abría más allá de Europa.

Aquella noche bailaron —él bailaba muy bien, ella se dejaba llevar muy bien—; y luego, en un parque de

abedules, él la besó —él besaba muy bien, ella se dejaba llevar muy bien—. Se llamaba Pedro y era zar. Su zar. Tenía la piel oscura, unos labios gruesos y suaves, unos ojos verdes, las pestañas larguísimas, y un olor exótico a la *playa lejana*. «Pushkin», confesó ella. La noche siguiente, tan clara como la anterior, llevó a la cita el primer tomo de su Poeta. Cuando leyó el último verso del último tomo, se casaron. He visto la foto: ella, tan blanca, vestida de blanco; él, oscuro, de traje oscuro, intercambiando un beso.

Exactamente a los nueve meses nació yo.

Era febrero: el último día de febrero, el último día del invierno; y, cuentan, hacía un frío espantoso. El viento partía las desnudas ramas de los árboles, y la nevada tapaba la vista, lo mismo que una neblina espesa y móvil. Nadie en la calle, cero tráfico, los cafés vacíos. Pero Pedro no sentía las minúsculas partículas de hielo que, como agujas, se clavaban en sus ojos, y mejillas, y labios. Sudaba, abrazando el ramo de claveles, como quien abraza la tabla de salvación. Una enfermera misericordiosa por fin tuvo piedad, y tapándose con un chal, entreabrió la puerta, por la que inmediatamente entró al vestíbulo del hospital una ráfaga de viento que arrastraba montañas de nieve.

—Es niña —pronunció sin pausas—, es preciosa, las dos están bien, vaya, descanse, no se aceptan flores. —Y cerró de golpe.

Las lágrimas se le helaron en las pestañas; cada una de sus larguísimas pestañas estaba cubierta de escarcha.

Era mi padre. Ya lo sabía.

◇◇◇◇◇

Esto solo es un fragmento...

Si quieres conocer la historia completa, no te cortes.

El realismo sucio no es un crimen.

Disponible en librerías y en www.papelilloed.es.

◇◇◇◇◇